

La ausencia de cocodrilos y tambien la de peces, el enfriamiento de la temperatura, un número considerablemente menor de mosquitos y un aire mas saludable, vienen á ser los rasgos característicos de la region de los rios negros. Probablemente deben estos su color singular á una disolucion de hidrógeno carbonado, á la riqueza de la vegetacion tropical y á la multitud de plantas que cubren su lecho. He observado, con efecto, que en la pendiente occidental del Chimborazo, cerca de las costas del mar del Sur, las aguas desbordadas del rio de Guayaquil, toman poco á poco un tinte dorado, bastante semejante al del café, cuando han permanecido por algunas semanas sobre las praderas.

Cerca de la embocadura del Guaviaro y del Atabapo se encuentra el Piriguao, una de las formas mas arrogantes de la palmera (1). El tronco de este árbol, liso y de 19 á 20 metros de altura, presenta una corona de follaje delicado como el de las cañas y rizado en sus bordes. No conozco palmeras que produzcan frutos de tamaño tan grande y color tan bello. Semejantes al albéchigo, muestran una cabeza de color amarillo realzado con el rojo brillo de la púrpura, formando racimos enormes en número de setenta á ochenta. Todos los años madura tres racimos cada árbol. Bien pudiera darse al Piriguao el nombre de palmero-albéchigo. Estos frutos carnosos, casi siempre están desprovistos de semilla por la misma razon de su vegetacion exuberante, y ofrecen á los indígenas un alimento nutritivo y farináceo, que se presta, como las bananas y patatas, á muy diversas preparaciones.

Hasta esta comarca ó hasta la embocadura del Guaviaro, el Orinoco corre á lo largo de la pendiente meridional de los montes Parima, mientras que sobre la orilla izquierda comienza la inmensa llanura cubierta de árboles del rio

(1) Véase Humboldt, Bonpland y Kunth, *Nova Genera Plantarum æquinocli*, t. I, p. 315.

Amazonas, que se extiende mucho mas allá del Ecuador, hasta el grado 15 de latitud meridional, cerca de San Fernando de Atabapo. El Orinoco, al dirigirse bruscamente hácia el Norte, se abre paso á través de la montaña. Allí se hallan situados los grandes saltos de agua de Atures y Maypures. Por todas partes se encuentra encerrada la madre del rio entre masas de gigantescas rocas y parece como dividida en recipientes, por medio de diques naturales.

Enfrente de la confluencia del Meta y del Orinoco, en el centro de un violento torbellino, hállase una roca aislada á que los indígenas han dado el nombre bastante apropiado de *Piedra de la paciencia*, porque en la época de las sequías los viajeros que atraviesan el rio véense alguna vez obligados á detenerse en ella durante dos dias. El Orinoco, por este sitio, adelanta mucho hácia el interior de las tierras, formando pintorescas bahías en medio de las rocas. Frente á la mision de Carichana, preséntase un espectáculo singular: fijase la vista involuntariamente en una roca granítica de forma de cubo, *El Mogote de Cocuyza*, que levanta verticalmente á 65 metros de altura próximamente sus ercarpados bordes, alimentando en su plataforma un bosque de árboles cubiertos de espeso follaje. Esta masa de rocas recuerda, por su estructura grande y sencilla á la par los monumentos ciclopeos, y escede con mucho de la copa, de las palmeras que viven á su alrededor. Sus contornos, cortados bruscamente, claramente se destacan sobre el azul del cielo, como formando un bosque por encima de otro bosque.

Descendiendo por el Orinoco, mas allá de Carichana, llégase al punto en que el rio se abre camino á través de la estrecha garganta de Baraguan: por todas partes se ven en estos lugares las huellas de un trastorno que nos lleva á la idea del caos. Mas al Norte, hácia Uruana y Encoramada, levántanse masas de granito de singular aspecto. Des-

lumbradoras de blancura y erizadas de agudos picos, resplandecen á gran altura sobre los matorrales de que están rodeadas.

En la misma comarca, y á partir de la embocadura del Apur, el Orinoco abandona la cadena de montañas que hasta allí ha seguido, desviándose hácia el Este. Separa los bosques impenetrables de la Guyana, de las praderas sobre que parece descansar la bóveda del cielo, en perspectiva que escapa á nuestra vista. El Orinoco, por consiguiente, baña por tres lados, al Sur, al Oeste y al Norte, el grupo de montañas de la Parima, que llena el vasto espacio comprendido entre las fuentes del Jao y las de Caura. Desde Carichiana hasta su embocadura, se halla libre el rio de escollos y torbellinos, á excepcion del que está situado cerca de Muitaco, y que se denomina *Boca del Infierno*. Las rocas que componen este escollo no ocupan todo el cauce del rio, como en Atures y Maypures. En esta region próxima del mar, los navegantes no temen mas peligros que el de las balsas naturales con que chocan las canoas durante la noche. Balsas que se forman de árboles que las crecidas arrancan y sacan de los bosques de la orilla, cubiertas de plantas acuáticas en flor y asemejan praderas, recordando los jardines flotantes que se observan en los lagos de Méjico.

Despues de esta rápida ojeada sobre el Orinoco y circunstancias las mas generales de su curso, paso á la descripción de las cascadas de Atures y Maypures.

El grupo de montañas de Cunavami, que se levanta á una gran altura entre las fuentes del Ventuari y del Sipapo, es el punto de partida de una cadena granítica que se prolonga á gran distancia hácia el Oeste, en la direccion del pico de Uniama. Del corte de estas montañas bajan cuatro arroyos, que constituyen en cierto modo los límites de la catarata de Maypures; el Sipapo y el Sanariapo, por la orilla derecha del Orinoco; el Camejé y el Toparo, por la

izquierda. En el sitio en que está la mision de Maypures, las montañas mismas forman un vasto golfo cuya abertura mira hácia el Sudoeste.

Baña hoy con su espuma el rio la pendiente oriental de la montaña; pero á lo lejos todavía puede conocerse la antigua orilla, ahora abandonada. Entre estas dos cadenas de colinas extiéndese una vasta sábana, sobre la cual han edificado los jesuitas una capilla con troncos de palmeras. Apenas esta llanura se eleva 9 ó 10 metros sobre el nivel del rio.

El aspecto geográfico de esta comarca, el de las rocas de Keri y de Oco, que mas parecen islas, las escavaciones que las aguas labraron en la primera de estas colinas, exactamente colocadas al mismo nivel que las de la isla Uivitari, situada enfrente, son apariencias que demuestran cómo el Orinoco llenaba en otros tiempos esta bahía, hoy seca por entero. Es verosímil que estas aguas fueron un vasto lago, mientras que el dique del Norte las opuso resistencia. Cuando desapareció el obstáculo, la llanura hoy habitada por los indios Guareca, surgió de enmedio de las aguas. Acaso el rio rodeó aun por algun tiempo las rocas de Keri y de Oco, que al elevarse del lado de la primitiva madre como torres construidas sobre una montaña, ofrecen un espectáculo pintoresco. Poco á poco acabaron las aguas por retirarse hácia la cadena de montañas que las circunda por el lado de Oriente.

Muchas circunstancias confirman esta suposicion. El Orinoco tiene, con efecto, y á semejanza del Nilo, cerca de Philæ y de Suez, la notable propiedad de teñir de negro las masas graníticas de un blanco rojizo, que por tantos millares de años viene bañando. En todos los puntos adonde las aguas tocan, obsérvase que una capa gris de manganeso y quizá de carbono se extiende por encima de las rocas, penetrando en el interior de la piedra como un déci-

mo de línea. Este color negro y las cavidades de que anteriormente hablamos, indican todavía el antiguo nivel del Orinoco.

Tanto en la roca de Keri, como entre las islas de las Cataratas, en las colinas de gneiss de Cumadaminari, que pasan por encima de la isla Tomo, y en la embocadura del Jao, estas negruzcas cavidades se elevan de 49 á 59 metros sobre la actual superficie de las aguas. Su existencia nos indica (cosa que puede también observarse en Europa en todas las madres de los ríos) que las inmensas corrientes que hoy excitan nuestra admiración no son más que pequeños restos de las masas enormes de agua de los tiempos prehistóricos.

Observaciones tan sencillas no pasaron desapercibidas á los incultos indígenas de la Guyana. Por todas partes los indios nos mostraban las huellas del primitivo nivel. Sobre una llanura de gramíneas, cerca de Uruana, vése una roca aislada de granito; en ella, según hombres dignos de fe cuentan, se hallan profundamente grabadas á una altura de 26 metros, imágenes que aparecen colocadas como en fila y que representan al sol, la luna y diferentes especies de animales, particularmente cocodrilos y boas. Imposible sería llegar hoy sin el auxilio de andamios á los escarpados flancos de esta roca, digna de la más escrupulosa atención por parte de todos los viajeros que visiten tales lugares. Los caracteres geroglíficos grabados en las montañas de Uruana y de Encaramada están también colocados á alturas inaccesibles.

Preguntados los indígenas de que cómo pudieron trazarse estas señales, dicen: que lo fueron en aquellas edades en que la magnitud de las corrientes consentía á sus padres llegar en canoa á puntos tan elevados. Esta situación de las aguas en el tiempo en que se produjeron tales groseros monumentos de la industria humana, supone otra propor-

ción entre el elemento sólido y el elemento líquido, un período en que la superficie terrestre se hallaba diversamente constituida, y que no obstante debe distinguirse de aquella otra época de confusión en que los primeros adornos vegetales brotaron de la superficie del globo, y los cuerpos gigantescos de los animales, que después han desaparecido de la tierra y de los mares, encontraron su tumba en la endurecida corteza de nuestro planeta.

La parte setentrional de las cataratas llama la atención por imágenes naturales, que representan, según afirman, el sol y la luna. La roca Keri, ya mencionada muchas veces, toma su nombre de una mancha blanca que resplandece á lo lejos, en la que los indios creen observar una extraordinaria semejanza con el disco del plenilunio. Aunque no me ha sido posible salvar los escarpados bordes de esta roca, supongo que tal mancha blanca proviene de un gran nudo de cuarzo, que forma la unión de filones que se cruzan destacándose sobre el granito que ostenta un negro grisáceo.

Frente á Keri, sobre el basalto de que se compone la montaña gemela de la isla Uivitari, enseñan los indios con una misteriosa admiración un cierto disco que veneran como á la imagen del sol (*Camosi*). Quizá que la situación geográfica de las dos rocas entre por algo en la elección de estos nombres, pues yo tengo observado que realmente el Keri ó Roca de la Luna mira al Occidente y el *Camosi* hacia el Levante. Algunos filólogos dados á las etimologías, creen que la palabra americana *Camosi* parece semejante á la de *Camosch*, nombre del sol en uno de los dialectos fenicios, y á Apolo-Chomeus ó Beelphegor y Amun.

No consisten las cataratas de Maypures, como el salto del Niagara, de 46 metros de altura próximamente, en la caída continua de una gran masa de agua; tampoco son estrechos desfiladeros que fuerza el río al acelerar su curso,

como el Amazonas, en el Pongo de Manserich. Las cataratas de Maypures presentan como un innumerable monton de pequeñas cascadas que se suceden sobreponiéndose unas á otras y formando gradas. *Raudal* es el nombre que dan los españoles á esta especie de cataratas, que viene á ser un verdadero archipiélago de islotes y de rocas que estrechan de tal suerte el lecho del rio, ancho de 2,598 metros, que apenas si queda á veces un paso navegable de 6 á 7. La parte oriental es hoy mucho mas inaccesible y peligrosa que la occidental.

En la confluencia del Camejé y del Orinoco se descargan los bagajes, y los indios, familiarizados con todos los escollos del Raudal, conducen la piragua vacía hasta la embocadura del Toparo, donde ya el peligro se considera pasado. Cada una de las rocas que forman los escaños del Raudal se conoce con un nombre particular. Mientras no tienen mas altura que la de 70 á 90 centímetros, los naturales se aventuran á la corriente con sus canoas; pero á la subida del rio, nadan adelante, atan, despues de muchos esfuerzos inútiles, un cable á las puntas de los escollos que se levantan por encima de las aguas y llevan hácia ellos la embarcacion, que encalla ó se llena completamente de agua durante este penoso trabajo.

Algunas veces, y este es el único accidente que temen los naturales, la canoa se estrella contra las rocas. Con el cuerpo ensangrentado, esfuérganse, entonces, por escapar del torbellino y recobrar la orilla á nado.

En aquellos sitios en que las rocas miden gran altura y el dique que oponen se extiende de uno á otro extremo, gánase la orilla próxima y se arrastra á lo largo del rio la ligera embarcacion, con el auxilio de algunas ramas que vienen á prestar entonces el oficio de rodillos.

Las mas célebres de estas cascadas y las que ofrecen mayores obstáculos se conocen con los nombres de Purima-

rimi y Manimi; de 3 metros de elevacion próximamente. El difícil acceso de estos lugares y las infectas exhalaciones del aire, en que viven y se agitan innumerables mosquitos, imposibilitan toda nivelacion geodésica; mas con asombro he observado, auxiliándome del barómetro, que toda la altura de la caída del Raudal, desde la embocadura del Camejé hasta la de Toparo, cuenta apenas de 9 á 10 metros. Provenia mi sorpresa del terrible estrépito que produce y de la desordenada espuma que salta del rio; pero seguidamente comprendí que estos efectos dependian de la estructura del cauce, como sembrado de islas y escollos, y tambien de la contracorriente que la forma y la situacion de las rocas ocasiona. El medio mejor de confirmar este aserto y comprobarla escasa altura de la catarata, es buscar el cauce del rio mas allá de las rocas de Manimi, segun se baja de la villa de Maypures.

Hay allí un punto, desde el cual se descubre un horizonte maravilloso. Abraza la vista una superficie de dos leguas cubierta de espuma. Del centro de las olas levántanse negras rocas, como el hierro, que parecen torres ya arruinadas. Cada isla, cada piedra, ostenta gran número de árboles de vigorosa produccion; espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas y á través de este vapor espumoso, asoman las altas copas de las palmeras Mauritia. Cuando ya á la tarde los ardientes rayos del sol vienen á quebrarse en la húmeda niebla, estos efectos de luz producen un espectáculo mágico. Arcos coloreados aparecen y desaparecen sucesivamente, y sus imágenes vaporosas se mecen á impulso de los vientos.

Alrededor, y sobre aquellas desnudas rocas, las murmuradoras aguas han ido amontonando islas de tierra vegetal, durante la estacion de las lluvias. Adornadas de Melastomas y de Droseráceas, de Helechos y de Mimosas de plateado follaje, forman estas islas alfombra de flores en

medio de las peladas rocas, despertando en el europeo el recuerdo de aquellos trozos de granito, que llaman *Courtills* los habitantes de los Alpes, y que en medio de los ventisqueros de la Saboya, aparecen cubiertos aisladamente de flores.

Allá en el azulado horizonte, la vista descansa sobre la cadena de Cunavami, formada por las crestas de montañas que á lo lejos se prolongan, terminando repentinamente en cono truncado. Este punto, que llaman los indios Calitami-ni, aparecióse á la puesta del sol como una masa incendiada. Fenómeno que se reproduce todas las tardes. No hay quien se haya aproximado á esta montaña. Quizá el brillo que ofrece dependa de juegos de luz, que los reflejos del talco ó del esquisto micáceo produzcan.

Durante los cinco dias que permanecemos en las inmediaciones de las cataratas, observamos con sorpresa que el ruido de la masa de agua que cae, es tres veces mayor por la noche que durante el dia. Nótase igual fenómeno en las cascadas de Europa; pero en medio del desierto, y allí donde no hay nada que interrumpa el reposo de la naturaleza, ¿á qué causa atribuirlo? Indudablemente depende de corrientes ascendentes de aire tibio que por la perturbacion que introducen en el equilibrio de la elasticidad atmosférica, impiden al sonido que se propague, rompiendo irregularmente las ondulaciones. La frescura de la noche pone natural término á estas corrientes.

Enseñáronnos los indios algunos surcos de carruajes; hablan con admiracion de los animales de cuernos, que unidos á carretas, por aquel tiempo en que los jesuitas seguian su obra de conversion, arrastraban las canoas hácia la orilla izquierda del Orinoco, desde la embocadura del Camejé hasta la de Toparo. Dejábanse entonces los bagajes en las embarcaciones y no corrian, como hoy, el riesgo de inutilizarse, rozando ó chocando incesantemente contra las asperezas de las rocas.

El plano que levanté de estos alrededores, prueba que podria abrirse un canal desde el Camejé á Toparo. El valle en que estos rios corren, presenta una superficie plana. El canal cuya ejecucion propuse al gobernador general de Venezuela, vendria á ser un brazo lateral del Orinoco y remediaria grandes peligros, haciendo inútil la navegacion por el antiguo lecho del rio.

El Raudal de Atures es completamente semejante al de Maypures. Fórmase igualmente de una infinidad de islotes entre los que el rio se abre paso por una extension de 5,848 á 7,797 metros; brotando tambien del centro de las espumosas ondas un bosquecillo de palmeras. Las gradas mas célebres de la catarata están situadas entre las islas de Avaguri y de Javariveni, entre Suripamana y Uirapuri.

Cuando M. Bonpland y yo volvimos de las orillas del Rio Negro, nos arriesgamos á atravesar el Raudal por su parte inferior, con una canoa cargada. Muchas veces saltamos sobre rocas que forman un dique de una á otra isla. Tan pronto se lanzan las aguas por encima de estos diques, como se precipitan con sordo ruido en las cavidades de las rocas, abriéndose paso á través de los canales subterráneos; causa porque con frecuencia se observan en el cauce del rio grandes espacios desecados. En estos sitios construyen sus nidos los gallos silvestres de dorados colores, cuya cabeza se halla cubierta por una doble cresta de movibles plumas. Este gallo (*Pipra rupicola*) es una de las aves tropicales mas bellas, y no menos belicoso que el otro gallo doméstico de las Indias orientales.

En el Raudal del Canucari, el dique está formado por escarpadas rocas graníticas. Arrastrando, nos deslizamos en el interior de una caverna cuyas húmedas paredes se mostraban cubiertas de Confervas y de resplandeciente Biso. Por encima de nuestras cabezas continuaba el rio su curso con espantoso ruido; espectáculo que tuvi-

mos ocasion de observar, por mas tiempo quizá del que hubiéramos deseado. Habíamos dejado los indios en medio de la catarata, porque era preciso que la canoa diese un gran rodeo á lo largo de una estrecha isla á cuyo extremo debia récojernos. Hora y media esperamos sufriendo una tempestad terrible. Vino la noche, y en vano buscamos un abrigo contra la lluvia en las hendiduras de las rocas. Los pequeños monos que hacia muchos meses llevábamos con nosotros en cajas de mimbre, atrajeron con sus lastimeros gritos cocodrilos, que por su tamaño y color gris, indicaban su edad y fuerza. No mencionaria la presencia de estos animales, tan comunes en el Orinoco, si los indios no nos hubieran asegurado que nunca se habia visto á los cocodrilos en medio de las cataratas. Fiados en tal afirmacion nos habíamos bañado muchas veces en esta parte del rio.

Sin embargo, el temor de vernos precisados, chorreando agua y atolondrados por el ruido de la catarata, á pasar en el Raudal toda una larga noche de los Trópicos, aumentaba á cada instante; por fin los indios volvieron con la canoa. La escasa elevacion de las aguas les habia hecho impracticable la gradería porque intentaron bajar, y los pilotos se habian visto precisados á buscar otro paso en medio del laberinto de los canales.

En la entrada meridional del Raudal de Atures, sobre la orilla derecha del rio, hállase situada la caverna de Ataruipa, cuya celebridad es grande entre los Indios. Presenta la comarca un carácter grandioso y severo, alrededor de esta caverna, que parecia destinada á ser una tumba nacional. Para llegar hasta allí es preciso trepar con trabajo y no sin riesgo de rodar al fondo del precipicio, un muro de granito tallado á pico. Dudo que fuese posible fijar el pie en esta superficie desnuda y resbaladiza, si no se encontrase apoyo en los grandes cristales de feldespato que sobre-

salen de la roca 26 milímetros, arrostrando las influencias atmosféricas.

Apenas se llega á la cima del peñasco, sorprende al espectador el vasto cuadro que despliega la comarca que le rodea. Del espumoso cauce del rio, levántanse colinas cuajadas de bosques; del otro lado y mas allá de la orilla occidental, descansa la vista en la inmensa pradera del Meta, apareciendo en el horizonte como nube amenazadora, la montaña de Uniama. Tal es el espectáculo que se descubre á lo lejos, bien al contrario del que ofrece el punto desde donde se aperciben aquellas bellezas, desierto y erial. Buitres y chotacabras de graznadora voz, vuelan solitarios por las profundas sinuosidades del valle; su movible sombra se desliza por los pelados bordes de la roca desapareciendo á seguida. El barranco está rodeado de montañas, cuyas redondeadas cúspides sostienen enormes trozos de granito de 13 á 16 metros de diámetro, que parece tocar en solo un punto la base sobre que descansan; como si la mas ligera conmocion del suelo fuera á precipitarlos en el abismo.

La mas lejana porcion del valle se ve cubierta de espeso bosque. Aquí la caverna de Ataruipa abre su boca, mas que caverna bóveda profunda que las salientes de la roca forman, y especie de bahía que las aguas socavaron cuando hasta allí se elevaban. Aquella es la tumba de una raza ya extinguida. Contamos próximamente unos seiscientos esqueletos en buen estado de conservacion (1), encerrados en igual número de cestos tejidos con los nervios de las hojas de palmera. Estas cestas que los indios llaman *mapires* vienen á ser como sacos cuadrados, de dimension vária, segun

(1) Durante mi permanencia en los bosques del Orinoco, se hicieron investigaciones, por orden del rey de España, en estas cavernas. El misionero de las cataratas, fue falsamente acusado de haber descubierto allí tesoros que los jesuitas habian ocultado á lo que se decia antes de su fuga.